

rujas malevo s señarán erradores donde de los áncos e
 historias donde los seres humanos son buenos, los hombres son
 pacíficos y el poder de la creatividad y el amor —simbolizados por
 el santo cáliz, el recipiente sagrado de la vida— es el principio que
 gobierna. En este mundo giláni
 igualdad y lib

e
 or y belleza serán al fin d, b
 Jos Yustrat l eso rtad, el nnes, tra se d, d e
 de signiicar ser humano s d s
 androcrát

Epílogo especial 30 aniversario

Desde que *El cáliz y la espada* se publicó por primera vez en 1987, han sucedido muchas cosas, tanto en el mundo exterior como en mi propio mundo inmediato. Nuestro planeta ha experimentado cambios sísmicos (literalmente, por obra de poderosos terremotos y tsunamis, además de en el terreno geopolítico, económico y tecnológico). Algunos de los eventos y tendencias más importantes de los últimos treinta años han sido los siguientes:

La Unión Soviética se disolvió en 1991 y la Unión Europea fue establecida en 1993. El África poscolonial continuó dividiéndose en nuevas naciones, acabó el *apartheid* y Nelson Mandela fue elegido presidente de Sudáfrica. Estallaron conflictos sangrientos entre grupos étnicos y religiosos en muchas regiones, desde los Balcanes, Sri Lanka y Ruanda hasta el Congo, Sudán y Siria. Se aceleró la globalización, así como el cambio en los trabajos de manufactura, que pasaron de Occidente a naciones más pobres donde los salarios eran más bajos. China emergió como un poder económico importante mientras que la India también se movió en esa dirección. El 11 de septiembre de 2001, por primera vez desde la guerra civil de Estados Unidos, miles de personas fueron asesinadas en suelo estadounidense cuando terroristas islámicos secuestraron y estrellaron aviones contra las Torres Gemelas del World Trade Center neoyorquino y el Pentágono. El presidente de EE. UU., George W. Bush, inició guerras en Afganistán e Irak. Michelle Bachelet fue elegida presidenta de Chile, aunque siguieron proliferando dictaduras en Latinoamérica. Más naciones eligieron a mujeres como jefas de Estado, aunque la violencia contra la mujer y la gran brecha de género en salarios y representación

política continuó en todo el mundo. La Gran Recesión infligió daños económicos serios en Estados Unidos y otras naciones occidentales. El senador Barack Obama se convirtió en el primer presidente afroamericano de EE. UU. Tras el ataque talibán que casi le costó la vida, la adolescente Malala Yousafzai ganó el Premio Nobel de la Paz por su trabajo a favor de la educación de las niñas en Afganistán. El fundamentalismo religioso se extendió por Oriente Medio, a menudo bajo formas horribles.

Mientras que la conciencia respecto al medio ambiente y su defensa crecía, también lo hacían el cambio climático y otras amenazas ecológicas. Del mismo modo que el paso de la era agrícola a la industrial eliminaba millones de trabajos en el campo, con el paso a la era postindustrial millones de trabajos en manufactura, servicios e incluso finanzas han sido reemplazados por autómatas, robots e inteligencia artificial. Al mismo tiempo, las comunicaciones han cambiado radicalmente a medida que las redes sociales, las tabletas y los dispositivos electrónicos, que antaño eran materia de ciencia ficción, se han convertido en la nueva norma.

El terrorismo se ha intensificado con grandes atentados en Europa. Millones de refugiados han huido de la guerra civil siria. ISIS conquistó partes de Siria e Irak y, junto a Irán, se convirtió en un instigador principal del terrorismo. Gran Bretaña votó para abandonar la Unión Europea. En 2016, la ex secretaria de Estado de EE. UU., Hillary Clinton, fue la primera mujer candidata a la presidencia por uno de los principales partidos políticos de EE. UU. Ganó el voto popular pero fue derrotada en las elecciones por el multimillonario y antiguo presentador de un *reality show* Donald Trump.

Detrás de estos y otros acontecimientos aparentemente inconexos, hay un patrón que los lectores de este libro reconocerán: el movimiento contra la dominación en todas sus formas ha ido creciendo en todo el mundo; al mismo tiempo, la resistencia al cambio fundamental se ha intensificado bajo formas extraordinariamente regresivas y brutales a veces.

La lucha global por nuestro futuro

En 1989, dos años después de que saliera este libro, el Muro de Berlín cayó, presagiando el desmoronamiento de la Unión Soviética y el fin de la Guerra Fría. Las políticas de la *glásnost* y la *perestroika* de Mijaíl Gorbachov, la colaboración personal de este con su esposa, Raisa, su percepción de que era necesario un cambio fundamental de valores y su deseo de un mundo más justo y pacífico encerraban enormes esperanzas. Sin embargo, aquellos familiarizados con la realidad de la Unión Soviética eran menos optimistas. Había denuncias de sabotaje económico bajo cuerda perpetrado por miembros de la élite soviética, o *apparátchiks*,¹ que intentaban mantener el control mediante la obstrucción y la desestabilización. Esto, sumado a la ineficacia y la corrupción establecidas en el sistema soviético, amenazaba con el colapso de la economía. Finalmente, cuando el miedo a las represalias disminuyó, el imperio soviético se rompió en pedazos, y Gorbachov perdió el poder.

Durante el periodo en el que Gorbachov y Boris Yeltsin todavía luchaban por el liderazgo, fui invitada a participar en una reunión con un puñado de intelectuales y políticos soviéticos, entre los que se incluía un colega de Yeltsin, de posición elevada. Fue una reunión fascinante que me abrió los ojos ante la ilusión que albergaba la mayoría de los participantes soviéticos de que, si reemplazaban el comunismo con el capitalismo, todo iría bien. Acontecimientos posteriores demostraron la falacia de esta idea, como muestra de forma dramática el actual régimen autoritario, violento y corrupto de Vladímir Putin y sus compinches.

Lo que le sucedió a la ex Unión Soviética ilustra la tesis principal de este libro: la lucha real por nuestro futuro no es entre capitalismo y comunismo, izquierda y derecha, religión y secularismo, o cualquiera de las otras luchas que vemos constantemente

¹ Funcionarios profesionales que trabajaban para el aparato del Partido Comunista o la Administración soviética a tiempo completo. A pesar de lo que se da a entender en el texto, no forman parte del *apparátchik* altos cargos del Estado o del Partido. (N. de la T.)

en las noticias. Es entre las creencias y estructuras sociales que orientan fundamentalmente hacia el modelo de sociedad de colaboración o de dominación.

Si miramos lo que sucedió en la Unión Soviética desde esta perspectiva, vemos que el fracaso de Rusia al moverse hacia una democracia real no está enraizado en el comunismo, sino en tradiciones de dominación incrustadas en la cultura rusa desde mucho antes de la dictadura del proletariado soviética.

Bajo regímenes feudales y zaristas anteriores, los rusos solo conocieron estructuras autoritarias apoyadas en el miedo y la fuerza, tanto en la familia como en el Estado. Estas tradiciones de dominación y violencia siguieron vigentes tras la revolución, no solo en política y economía, sino en los cimientos de las relaciones de género y de padres e hijos, donde las personas aprenden en primer lugar lo que se considera normal o anormal, posible o imposible. A pesar de su dedicación profesa a construir una sociedad más humana, la revolución soviética creó otra sociedad de dominación autoritaria y violenta.

Bajo el Gobierno soviético, Rusia seguía siendo enormemente dominada por y centrada en lo masculino. A pesar de la entrada de mujeres en el mercado laboral y en niveles de gobierno inferiores y medios, la visión de que, en la familia, las mujeres deben remitirse y servir al hombre perduraban. Esta ideología de supremacía del varón no cambió siquiera durante los años de Gorbachov (cuando la ilegalización soviética del feminismo por contrarrevolucionario se relajó en cierto modo), como ilustra de manera sensacional la eliminación que realizó la televisión soviética de parte de su famosa entrevista estadounidense en la que hablaba de la colaboración con su esposa.

Hoy en día, la tradición de dominación y violencia contra mujeres y niños aún forma parte de la cultura rusa. Tan fuertes son estas tradiciones que, en 2017, la Duma (el parlamento) despenalizó, básicamente, la violencia contra mujeres y niños dentro de la familia al reducir las penas a una multa de 500 dólares o a solo 15 días de arresto. Esto se llevó a cabo con la aprobación del presidente Putin, a pesar de que el 40 % de todos los crímenes violentos en Rusia se cometan en entornos familiares y del hecho de que,

en 2015, según estadísticas oficiales, más de nueve mil mujeres fueron asesinadas por la violencia doméstica.

La aceptación tácita de la violencia familiar no debería sorprendernos en una sociedad donde los asesinatos políticos son comunes, incluyendo los de periodistas, supuestamente ordenados por el Gobierno. En este caso, nos enfrentamos a una cultura que, hasta el día de hoy, está situada tanto en el nivel familiar como estatal en la parte de dominación de la escala social de colaboración-dominación.

Sin duda alguna, Rusia no es más que un ejemplo de la conexión entre, por un lado, la construcción social de género y la relación entre padres e hijos y, por otro lado, la política y la economía. Para los regímenes represivos —ya sean primitivos o modernos, capitalistas o socialistas, de derechas o izquierdas, religiosos o seculares, orientales u occidentales—, imponer o mantener una familia autoritaria, de dominación masculina y punitiva es máxima prioridad. Estos regímenes reconocen la conexión entre la injusticia, el abuso y la violencia dentro de la familia, y la injusticia, el abuso y la violencia en la política y la economía.

Las raíces del fundamentalismo de dominación

Vemos con claridad el papel clave que desempeñan las relaciones represivas de género y entre padres e hijos en el auge del fundamentalismo, ya sea en Oriente u Occidente, entre musulmanes o cristianos. Mientras que este fenómeno se etiqueta erróneamente como fundamentalismo religioso, se trata, en realidad, de fundamentalismo de dominación. Es la restauración del gobierno autoritario tanto en la familia como en el Estado o la tribu, de la dominación masculina rígida y la idealización de la violencia como método de control.

En efecto, el fundamentalismo idealiza, incluso santifica, la violencia que, a menudo, se manifiesta en las denominadas guerras santas contra otras religiones y grupos étnicos. Encontramos esto de manera clara en el terrorismo islámico —primero contra israelíes y ahora también contra estadounidenses, europeos, indios,

keniatas, etc.—, que promete a las personas que realizan ataques suicidas con bombas que Alá los recompensará con cuarenta y dos vírgenes por asesinar mujeres, hombres y niños. Este tipo de fundamentalismo es, básicamente, una regresión a una forma más rígida y brutal del sistema de dominación en el que el rango del hombre por encima de la mujer, del hombre por encima del hombre, de una religión por encima de otra religión y de una nación por encima de otra nación se apoya en la violencia o la amenaza de violencia.

Los niños aprenden por primera vez que la violencia es aceptable, incluso moral, con aquello que experimentan u observan en las relaciones entre padres e hijos y de género, como reaccionarios de toda índole reconocen con su insistencia en la crianza punitiva y su aceptación de la violencia doméstica. Hasta el día de hoy, una creencia que ha prevalecido en gran parte de Oriente Medio entre otras regiones es que el honor de un hombre depende de su control sobre los cuerpos de las mujeres de su familia. Esta concepción de dominación del honor masculino es ejemplificada de forma terrible en las barbaridades que talibanes e ISIS perpetran contra las mujeres, la lenta lapidación de mujeres hasta la muerte en estadios a los que acuden enormes multitudes en Pakistán e Irán y el hecho de que el asesinato en nombre del honor no sea perseguido en gran parte del mundo musulmán.

Pero los denominados asesinatos por honor se consideraban también justificados en el mundo cristiano hace unos pocos siglos, cuando Europa estaba mucho más orientada hacia el lado de la dominación de la escala social. Asimismo, la creencia de que la dominación masculina es un mandato divino persiste en los círculos fundamentalistas cristianos hoy en día.

Incluso ahora, algunas guías para padres cristianos enseñan que los hijos deben aprender que la voluntad de los padres es la ley. Estas publicaciones fundamentalistas, ampliamente distribuidas, recomiendan aterrorizar a los niños para someterlos, condicionándolos para que obedezcan órdenes sin cuestionarlas.

Debería añadir que, mientras que la tradición de violencia contra mujeres y niños es aceptada por muchos fundamentalistas, no todos lo hacen. Asimismo, la violencia contra niños y mujeres está

aún extendida por el mundo, como aprendí en el transcurso de décadas de trabajo abogando por que los derechos de mujeres y niños estuvieran protegidos por la teoría y la práctica de los derechos humanos. En todo el mundo, una mayoría de personas todavía cree que golpear a los niños está bien, y formas más brutales de violencia contra los niños son comunes. La tradición de apalear a la esposa, violar y otras formas de violencia contra las mujeres, tales como la mutilación genital, también continúa. En muchas culturas y subculturas, la masculinidad aún se define en términos de dominación y conquista, como en el bombardeo contemporáneo de los medios de masas —incluyendo los videojuegos—, que embellecen la violencia masculina.

El movimiento continuo hacia la colaboración

Afortunadamente, esta no es toda la historia. Hay también una repulsión creciente en la opinión pública mundial contra la violencia, ya sea a través del movimiento por la paz o el movimiento para terminar con tradiciones de violencia contra mujeres y niños.

El crecimiento de desafíos no violentos a regímenes autoritarios que mantienen su gobierno a través de la fuerza y el miedo es otra parte del movimiento hacia la colaboración. Dos años después de que este libro se publicara por primera vez, este hecho quedó dramáticamente ilustrado en 1989 con las manifestaciones pacíficas de estudiantes chinos en la plaza de Tiananmén (que, significativamente, utilizaban el símbolo de la Diosa de la Democracia), que fueron reprimidas de manera tan trágica. Otro ejemplo es el movimiento por la democracia en Myanmar (ahora de nuevo Birmania), dirigido por la premiada con el Nobel de la Paz, Daw Aung San Suu Kyi. Más recientemente, en la Primavera Árabe, primero en Túnez y después en Egipto, regímenes autoritarios fueron derrocados gracias a manifestaciones no violentas.

Pero, de nuevo, como ya sucediera en la ex Unión Soviética, después del derrocamiento pacífico de un dictador secular en Egipto, los egipcios eligieron a los represivos y violentos Hermanos Musulmanes. Así, vemos que las elecciones no necesariamente

conducen a la democracia en el sentido de más libertad, igualdad y respeto por los derechos humanos, como ya ocurrió en Gaza cuando tomó el control el grupo fundamentalista Hamás.

La democracia real requiere dar un paso significativo hacia la parte de colaboración del continuo, y un requisito previo para que esto suceda es dejar atrás tradiciones de dominación masculina y violencia familiar.

Esta es la razón por la que los movimientos internacionales por los derechos de la mujer y de los niños son tan importantes. El movimiento de la mujer ha llamado la atención sobre la pandemia global de la violencia contra las mujeres, ya sea a través de la violencia doméstica, la violación, el infanticidio femenino o la muerte selectiva de niñas por inanición. Asimismo, se condena cada vez más la violencia contra los niños, como ilustra la Convención sobre los Derechos del Niño de Naciones Unidas, celebrada en 1989.

Otro componente importante del movimiento hacia la colaboración es el nuevo y creciente corpus de evidencia proveniente de múltiples disciplinas, que muestran que nuestras culturas más primitivas estaban más orientadas hacia la colaboración que hacia la dominación. Aunque esta información suele ser ignorada o encuentra resistencia aún hoy entre académicos y en la cultura popular, es una nueva confirmación de que la narrativa sobre la historia humana —y la naturaleza humana— presentada en este libro es más precisa.

Un ejemplo son los nuevos hallazgos del arqueólogo Dean Snow, que contradicen la asunción, aceptada durante años, de que los creadores solitarios del sensacional arte rupestre francés y español del Paleolítico superior eran hombres. Snow reexaminó las huellas de manos que los artistas dejaron como firma en las paredes de las cuevas teniendo en cuenta las diferencias en la formación de los dedos que hay entre mujeres y hombres. Resultó, como Snow escribió en su artículo de 2013 para *American Antiquity* y señaló en su entrevista para *National Geographic*, que las huellas de las cavernas son predominantemente femeninas.

Los antropólogos también están desmintiendo la asunción todavía popular de que durante millones de años nuestros ancestros recolectores eran beligerantes, dominados por valores masculinos

y gobernados por hombres fuertes. Un ejemplo es la antología *War, Peace, and Human Nature* de Douglas Fry, publicada por Oxford University Press en 2013, que documenta que la mayor parte de las culturas recolectoras eran en realidad pacíficas e igualitarias y había equilibrio entre géneros.

Asimismo, la idea de que el imperativo evolutivo hace que la naturaleza humana sea despiadadamente egoísta, como afirma el biólogo Frans de Waal, se contradice con lo que sabemos hoy sobre cómo los humanos están programados evolutivamente para ser empáticos. De hecho, hay estudios que muestran que nuestra tendencia innata hacia la empatía y la reciprocidad es tan fuerte que los centros del placer de nuestro cerebro se encienden más cuando compartimos que cuando ganamos.

El movimiento en Estados Unidos y otras naciones occidentales para reconocer y dejar atrás tradiciones de racismo es otra tendencia importante de la colaboración. Como también lo es el reconocimiento de los derechos de gais, lesbianas y personas trans.

Otra tendencia de la colaboración es el número creciente de estudios que muestran que estilos de gestión basados en el trabajo en equipo, en el cuidado, típicamente considerados femeninos, son más eficaces que el estilo basado en mandar y controlar. Esto coincide con el creciente acceso de mujeres a puestos directivos y con la recopilación de datos que muestran que las compañías con mujeres en cargos altos obtienen mejores resultados financieros.

Todo esto refleja otra tendencia de la colaboración importante: el acceso lento pero cada vez mayor de mujeres a puestos gubernamentales y no gubernamentales con responsabilidad de toma de decisiones. La representación en política de las mujeres es mayor en países nórdicos como Suecia, Noruega y Finlandia, que no por casualidad también tienen políticas que apoyan prioridades sociales consideradas típicamente femeninas: como la sanidad, el cuidado de niños y la educación, en lugar de centrarse en prioridades consideradas típicamente masculinas, como las armas y la guerra.

También hay una gran cantidad de evidencia empírica que demuestra que para promocionar el desarrollo económico en naciones más pobres, la inversión más rentable es la que se realiza en el acceso a la planificación familiar y la educación de las mujeres.

Esto subraya la conexión entre el estatus cada vez mayor de las mujeres y el bienestar de los niños, ya que las mujeres siguen siendo las principales responsables de su cuidado.

Otra tendencia de colaboración significativa es el movimiento por la protección del medio ambiente, que hace hincapié en la armonía con la naturaleza, y no en conquistarla. A medida que crece la amenaza de calentamiento global, más personas se dan cuenta de que no es posible seguir haciendo lo mismo de siempre. Hay inversores y negocios con conciencia social y medioambiental, además de una plétora de conferencias y acuerdos internacionales sobre cambio climático y otras amenazas serias para nuestro sistema vital.

Sin embargo, la pregunta clave acerca de nuestro futuro es si todo esto llevará a un cambio estructural y cultural fundamental o si veremos todavía más regresos al autoritarismo, a la dominación masculina y a la violencia.

La necesidad urgente de una agenda política integrada de colaboración

En 2007, escribí un artículo de opinión para *AlterNet* llamado «The Ignored Issue That Can Get Progressives Elected». En él, describía cómo la alianza de la derecha fundamentalista que acumula hoy en día tanto poder político en los Estados Unidos consiguió con éxito hacer retroceder la política estadounidense mediante la apropiación de la familia, los valores y la moral. Señalaba que esta alianza se juntó por primera vez a finales de la década de los 70 a propósito de un asunto de mujeres: derrotar la proposición de la Enmienda de Igualdad de Derechos, que habría permitido recoger en la Constitución de los EE. UU. el derecho de las mujeres a estar libres de la discriminación del Gobierno federal y estatal.

Los esfuerzos conjuntos de la alianza de la derecha fundamentalista estadounidense durante varias décadas para reinstaurar el ideal normativo de dominación familiar no solo consiguieron hacer fracasar la enmienda. Tal y como predije en mi libro de 1979 *The Equal Rights Handbook*, trajeron consigo un retroceso político.

A través de una campaña a largo plazo bien planificada y ejecutada para demonizar un tipo de familia orientada a la colaboración y para pintar los derechos de la mujer como una amenaza a la moral y los valores tradicionales, hicieron retroceder las posturas a los tiempos anteriores al feminismo.

Cuando las encuestas preguntaron a los estadounidenses en 1992 si el padre de familia es el amo de la casa, el 42 % contestó afirmativamente; hacia 2004, el porcentaje había subido al 52 %.

Los estudios muestran que las personas que provienen de familias dominadoras tienden a votar líderes fuertes que no toleran la discrepancia. También muestran que estas personas tienden a apoyar políticas punitivas o duras, masculinas, como la financiación de guerras y prisiones, pero no las políticas que consideran suaves, como el cuidado de los niños, que han aprendido a asociar con las mujeres y lo femenino subordinado.

Como vimos en las elecciones de 2016, estas tendencias son especialmente pronunciadas en tiempos de agitación, en los que hay rápidos cambios tecnológicos, económicos y sociales: tiempos como los nuestros, en los que muchas personas están asustadas y enfadadas. De modo que, aunque hubo muchos factores en las elecciones estadounidenses de 2016, uno de los principales fue la larga e intensa labor de devolver las posturas acerca de las mujeres y las familias a la parte de dominación de la escala social de colaboración-dominación.

Donald Trump y su estrategia del nacionalpopulismo de extrema derecha, Steve Bannon, avivaron el miedo y la indignación en una campaña que presentaba a Trump como el líder fuerte que podía resolver solo todos los problemas de Estados Unidos. Usaron hábilmente las redes sociales, además de técnicas de demagogia bien probadas, como dejar a multitudes esperando a Trump durante horas en un mitin en el que las personas que se consideran enemigas (y que incluyen a la prensa) eran insultadas e intimidadas.

No obstante, que un hombre que intimidaba a sus oponentes, usaba a las minorías descaradamente como chivo expiatorio y tildaba a las mujeres de repugnantes y poco fiables pudiera ser elegido presidente de los Estados Unidos fue posible gracias a décadas de trabajo intenso para reinstaurar el ideal normativo de